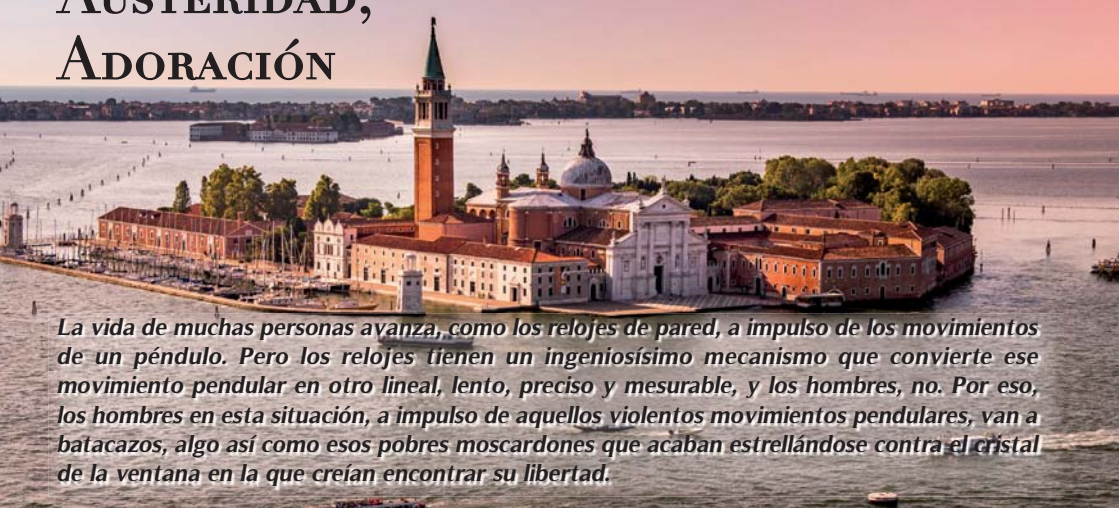


Familias especiales que merecen
toda nuestra atención

POBREZA, AUSTERIDAD, ADORACIÓN



La vida de muchas personas avanza, como los relojes de pared, a impulso de los movimientos de un péndulo. Pero los relojes tienen un ingeniosísimo mecanismo que convierte ese movimiento pendular en otro lineal, lento, preciso y medible, y los hombres, no. Por eso, los hombres en esta situación, a impulso de aquellos violentos movimientos pendulares, van a batacazos, algo así como esos pobres moscardones que acaban estrellándose contra el cristal de la ventana en la que creían encontrar su libertad.

EL CONCEPTO DE POBREZA

La elección del nombre del actual Papa Francisco -evocando al de Asís-, su condición de hombre de vida consagrada, con sus votos de pobreza, castidad y obediencia, su reconocida y bien practicada austeridad, han sido libremente interpretados como una llamada a la pobreza.

El concepto de pobreza en la Iglesia Católica es muy frecuentemente mal interpretado desde fuera y desde dentro. Suele ser identificado con esa renuncia total de Francisco de Asís, de los doce apóstoles

o, ya en nuestros días, de tantos miles de mujeres y hombres que aceptan la privación de bienes, en el sentido literal de la palabra, para dedicarse sin trabas al apostolado o a la contemplación. Hemos de pedir a Dios que nos conceda muchos de esos hombres y mujeres, pues son un bien inmarcesible para la Humanidad, pero es obvio que se trata de una ínfima minoría. La inmensa mayoría, entre la que nos contamos tú y yo, está integrada por personas comunes, de vida ordinaria, con sus obligaciones profesionales, familiares

y sociales, para las que la utilización de los bienes que Dios ha puesto a nuestra disposición es necesaria.

En ese contexto, para esa gran mayoría **pobreza ha de entenderse como desapego, pobreza espiritual, en expresión del propio Jesús en las Bienaventuranzas. Utilización de esos bienes en cuanto sea necesario, siendo nosotros sus señores, no sus siervos.**

Con frecuencia nos lanzamos a buscar caminos que seguir en grandes dimensiones, cuando tenemos otros más andaderos e igualmente eficaces al alcance de nuestra mano. Y nada está más al alcance de nuestra mano que las virtudes morales; son, podríamos decir, el más fácil peldaño para entrar en la práctica de la Virtud, con mayúscula.



Muchas son esas virtudes morales. Santo Tomás de Aquino, sin pretender enumerarlas de forma exhaustiva, contó más de

cincuenta. Y, entre ellas, una que se me ocurre muy oportuna para nuestro tema: la eutrapelia.

Obviando definiciones complejas de esta virtud moral, de la que ya hablaba Aristóteles, yo la definiría, de forma casi coloquial, *como el empleo moralmente adecuado de nuestro tiempo libre*. Y es oportuna para el tema de este artículo, digo, porque es en el ámbito a que

esta virtud moral se refiere, donde se producen algunas de las más flagrantes conculcaciones de la justicia y de la caridad. Y, en consecuencia, el mejor campo para ejercitar la pobreza en su sentido de desapego en beneficio de otros más desfavorecidos.

Ciertamente, necesitamos tener en nuestra vida pequeñas compensaciones que nos ayuden a tomar aliento para seguir en la dura lucha cotidiana. Pero nuestra sociedad del consumo más allá, incluso, de nuestras posibilidades reales, ha desorbitado la situación hasta hacernos caer fuera de los mencionados límites de la justicia y la caridad.

No pensemos en Francisco de Asís y otros santos que, como él, se deshicieron de todos sus bienes por amor de Dios. O en estos hombres, muy cercanos a nosotros, que han hecho lo propio para entrar en una Cartuja. Pensemos en lo que nosotros podemos hacer, de forma no tan heroica pero también muy eficaz, a la hora de planificar unas vacaciones suntuosas, un fin de semana excesivo, la práctica o el seguimiento dispendioso de un deporte o una afición, objetivamente

Pobreza como desapego

buenos o, a lo sumo, moralmente aceptables; incluso, **la pérdida continuada e improductiva de nuestro tiempo ante un televisor, ordenador o móvil porque el tiempo es también un bien precioso que hemos de saber administrar.**

No necesitaremos más para disfrutar de esa reconfortante sensación que se experimenta al renunciar a cosas a las que tenemos derecho, sin necesidad de buscar otros caminos a los que, en realidad, no hemos sido llamados.

Hasta aquí acabamos de ver una perspectiva práctica de la pobreza evangélica aplicada al cristiano corriente de hoy día, ese que necesita afanarse en medio de los bienes materiales para sobrevivir él mismo, prosperar en la sociedad y serle útil y sostener, y también hacer prosperar, a los miembros de la familia que le ha sido confiada. Este empeño, si se lleva con honrada dedicación, constituye en sí mismo una virtud moral que el hombre religioso puede convertir, por la santificación de su esfuerzo, en

una virtud sobrenatural.

El tiempo es un bien

Pero existe otra vertiente más digna aun de ser

examinada que la llegada a la Sede de san Pedro de nuestro papa Francisco ha propiciado en determinados sectores de la opinión pública y los medios de comunicación: la supuesta suntuosidad de

manifestaciones litúrgicas y su -en opinión de algunos- deseable moderación.

El tema no es nuevo. A partir de Juan XXIII ya ha sido acogido por los sucesivos pontífices con gestos de notoria austeridad: supresión de la tiara pontificia

-símbolo del papado desde hacía muchos siglos-, de la silla gestatoria -ahora hay "Papa móvil"...-, reducción del boato en algunos grandes eventos eclesiales, etc. Por no mencionar, en otro nivel de economías, una importante reestructuración de la Curia Romana, con fusión y, en consecuencia, reducción de dicasterios.



Qué duda cabe de que estos gestos de humildad y moderación han de ser bien acogidos en un mundo como el que nos ha tocado vivir, lleno de trágicas carencias y escaseces. Por otro lado, significan una reacción a vergonzosos excesos que, también a decir verdad, ya estaban quedando, por sí solos, muy lejanos en el tiempo.

Pero los fieles no debemos equivocarnos y pedir un irracional "¡más, más!" en ese empobrecimiento litúrgico, ceremonial y personal que afecte, desde el Santo Padre, al párroco que oficia su misa diaria en un recóndito pueblo, eso sí, enriquecido por la herencia sacra, artística y cultural de valiosos objetos litúrgicos y entornos eclesiales y patrimoniales.

Porque hay que saber distinguir todo lo

que sea lujo y boato puramente humanos de lo que es culto debido y reverencia a Dios. Bien está moderar racionalmente lo primero, pero lo segundo es intocable, sencillamente, porque todo es poco.

Yo cito con frecuencia una frase del que fue mi profesor en la Universidad de Va-

Culto debido a Dios

lladolid, y más tarde Cardenal Primado, don Marcelo González Martín: “La universalidad del hecho religioso es, sin duda, la primera prueba de la existencia de Dios”.

Pues bien, esa universalidad del hecho religioso ha estado siempre acompañada por una circunstancia que es, pues, tan universal como él: la suntuosa ofrenda a la deidad, la entrega generosa, sin cicatería alguna, de lo mejor que el hombre tenga. Y esa universalidad hace que tal generosa ofrenda a Dios quede tan probada como el propio hecho religioso en sí mismo.

Podíamos dedicar aquí no ya muchas páginas, sino una biblioteca entera, a describir las innumerables manifestaciones esplendorosas de adoración a la divinidad, a lo largo y a lo ancho de la geografía y de la historia. Estatuas y utensilios sagrados de oro macizo en civilizaciones precolombinas, templos orientales totalmente cubiertos de panes del mismo metal. Tesoros incalculables puestos a los pies de sus dioses, que ningún humano podía tocar. Y cuando se daba el caso de pueblos cuya pobreza no les permitía otra cosa, suplían joyas y metales preciosos por primorosos trabajos de sus manos y

la ofrenda de los mejores frutos de sus tierras y sus rebaños. Incluso, en un desorbitado y aberrado deseo de adorar a su dios, llegaban a ofrecerle la vida de algunos de sus jóvenes, los más perfectos y hermosos. Porque, aunque, repito, aberrados y equivocados, entendían que para Dios todo es poco.

Comprendo que personas sin el supremo don de la fe no lleguen a compartir este criterio y vean estas ofrendas esplendorosas como dispendios intolerables frente a situaciones de angustiosas carencias. Comparto su opinión de que una razonable moderación no solamente no resta culto a Dios, sino que lo dignifica. Lo que ya no entiendo es que personas creyentes, interpretando de manera libre y poco documentada algunas sugerencias genéricas de personas relevantes –más que ninguna, el Papa-, entren en esta cuestión de forma casi fanática, con lo que a los únicos que están beneficiando es a los enemigos de la fe.

Hace unas semanas contemplaba la increíble custodia de Arfe y traía a mi mente estos razonamientos que ahora nos ocupan, a la luz de una realidad decisiva. Para los católicos no se trata de dar culto a una imagen o a un concepto abstracto, generalmente lejano, de la divinidad. **Para nosotros, la presencia de nuestro Dios es física, real. Por eso Arfe y sus orfebres volcaron todo su arte y no escatimaron medios para crear algo que, en definitiva iba a ser habitáculo físico, real, de Dios.** ¿Cabía economizar?

..... CARMELO PARADINAS

A LOS OTROS LES VA MUY BIEN



“Yo confío en Dios, tengo fe. Sin embargo, no tengo más que problemas, trabajos y dificultades -decía una persona, exagerando un poco; exagerando sobre todo lo de la confianza y la fe-. En cambio -proseguía-, hay gente apartada de Dios y de la fe a la que todo le va bien en la vida. Mejor que a mí”.

¿Lo decía como si tuviese envidia de esas personas, y considerase una desgracia tener fe y ser hijo de Dios? Supongo que no. Lo decía, más bien, porque pensaba que a la fe debe ir unido el bienestar en esta vida. Algo así como: “Si yo cumplo con Dios, Él debe cumplir conmigo”. Y ese “cumplir” de Dios quiere decir que “ha de enviarme solo cosas buenas”.

Pero eso es un error. Jesús no promete a sus seguidores el bienestar material, la ausencia de sufrimientos y contradicciones. **Lo que promete y da es la gracia para superar las dificultades con alegría, la gracia para que esas dificultades se conviertan en camino y medio de salvación.**

Cuando pienso en las personas que están alejadas de la fe y gozan de bienestar material, me digo: Dios quiere atraer a todos a la salvación; para cada uno tiene un plan; y a algunos los atrae de ese modo, facilitándoles mucho la vida. ¿Por qué? Porque esas personas que parecen entregadas a su egoísmo, y que dan la impresión de estar muy contentas porque todo les va bien, sue-

